

mas atravez da aquatica neblina,
só una longínqua sombra vi nos ares...

Na minha vida, longa ja, tamben
mais duma vez me tem gritado alguem:
«--Olha! Olha a Ventura! Lá vem ela!»

Quero em astros mudar os meus da olhos,
quero a Ventura ver! E abrindo os olhos,
vejo-lhe a sombra, mas não logré vê-le!

Es posible que la gravedad inteligente, y aun el sabor racionalista de estos poemas de Eugenio de Castro, no hubiesen sido gustados plenamente en el inmediato ayer, durante el período que hemos llamado «guerra y trasguerra», y que ya conocemos como una *recatada* en el siglo XIX; tiempo en que la sensibilidad de las juventudes poéticas ha sufrido todas las tentaciones del *balbuco* y se ha alabado impíamente de sucumbir a ellas. Pero hoy, los más nuevos, regresados a la sabiduría de recordar que *la Palabra es oro; el Silencio, plata; la Interjección sólo calderilla*; los más nuevos, capaces de fabricar mieles en la geometría y de sentir, en reciprocidad con Pascal, «los sentires de la Razón, en que el corazón no palpita», y de encontrar a Dios, como el filósofo pulidor de cristales, en la maravilla de que la suma de los ángulos de un triángulo valga dos rectos; los más nuevos, digo, darán toda la excelencia de su precio al señorío negligente y sonriente con que *La mantilla de madroños* toca algunos de los temas españolistas más gastados, dejándolos en postura de sencillez y, por lo mismo, en postura de eternidad.

UNA ESCUELA MONTAÑESA NOVÍSIMA.

¿UN imperativo de estirpe impedirá quizá a los poetas de nuestra Montaña dormirse y perder el don sagrado de la memoria en los venusbergos de la impresionística y dispersa sensualidad? El caso es que entre entre ellos la poesía no se ha olvidado ni un momento de lo retórico y togado, de la abstracción conceptual y el noble prosaísmo, de didascalías y arquitecturas. En una *Antología general*, publicada en Santander hace poco tiempo casi no encontramos excepción a lo que decimos.

Pero las manifestaciones más recientes de esta fórmula de la sensibilidad—que, con un nombre ilustrado por la historia del arte español, podríamos llamar *herrerina*—nos parecen capitalmente interesantes. Puestos a prosaísmo y conceptualidad, estos jóvenes líricos montañeses fuerzan la nota, y de vuelta de tantos éxtasis, delirios, embelecios y otros espiritismos como hasta ayer tarde estuvieron a la moda, hácese otra vez con las riquezas de la *literatura*, aquella misma literatura que un día empezara a con-

siderar como «resto» o residuo despreciable, el pobre Lelian.

Retengamos entre los herrerinos de última hora los nombres de Gerardo Diego, José del Río y José María de Cossío—aunque ignoro si este último es, en rigor, montañés o valisoletano. El caso del primero me parece el más ejemplar. Tengo entendido que vivía apartado, como una especie de hijo pródigo, del racionalismo poético. En sus últimos poemas le veo, sin embargo, llamar, con mano todavía vacilante y temblorosa, a la puerta del padre.

EN UN LUGAR DE VALENCIA.

SI en la noche de Córdoba el silencio se encharca, en la noche de este pueblecillo el ruido se arracima.

Me han dicho que los proveedores de pirotecnia, cuando, con motivo de algunos festejos de upa, tienen que remitir aquí una buena traca de encargo, toman la precaución de no entregarla la antevíspera ni la víspera, sino el día mismo en que hay que disparar. Sin eso, a los del pueblo, con tenerla anticipadamente, les entra comeción de encenderla; no resisten, lo hacen; y luego viene el tirarse de los pelos al llegar la solemnidad anunciada y encontrarse sin municiones.

De un hombre del lugar hablábase ayer, en la tertulia de la botica. Buen padre de familia, buen trabajador:

pero, según parece, nunca llega a salir de apuros.

—Trabaja mucho, cuentan de él; gana bastante... *Pero todo se lo gasta en cohetes.*

COHETES

NOCHE de Junio. Uno de estos ágiles levantinos ha subido a la azotea de su casa y lanza un cohete.

La noche es tan clara y el croar de ranas tan docto, que yo estaba pensando en temas de astronomía... Ahora pienso en los cometas.

Y me digo: El cometa es al cohete lo que el tigre al gato.

Un cohete es un cometa domesticado.

Mas—¡paradoja!—mientras la gracia de los cometas en estado salvaje—de los cometas en que se ocupan los astrónomos—consiste en comparecer en la fecha y hora fijadas, según los cálculos, la gracia de los cometas en estado doméstico—es decir, los cohetes—estriba en ser imprevistos.

Va esto contra los que juzgan que la civilización es algo soso y rígido y que no lo es la espontaneidad salvaje.

Al revés: Lo rígido, lo soso, es el salvajismo, porque deja mucho mayor campo a lo fatal. La civilización es una divina flor de contingencia.

¡Subid, escalad las alturas, cohetes imprevistos, cohetes contingentes—¡normas!—libertades!

EUGENIO D'ORS.

(A. B. C. Madrid).

La estrella del Norte

NO sé porqué voy a Suecia. No sé por qué siempre que me decido a hacer un viaje serio salgo siempre en la misma dirección: la de la brújula. Verdad que a veces viajo en otras direcciones, pero entonces sé muy bien por qué. Voy a dar una conferencia, o un asunto de familia, o a ganarme la vida, o a cosa perfectamente definida y concreta. Pero cuando fui a Inglaterra por la primera vez, cuando fui a Alemania por la primera vez, y ahora que voy a Suecia, es inútil que me diga que voy a visitar la Exposición de Gotemburgo, como también fué en vano que me dijese cuando fui a Alemania que iba a estudiar la filosofía de Kant, porque lo más cercano a la verdad es aquello que me dije cuando fui a Inglaterra, y es que iba a estudiar el secreto de los anglo-sajones, que es lo mismo que decirse que va uno a visitar la cueva de Aladino, porque nadie lo ha averiguado, y haría falta comenzar por hacer los anglo-sajones antes de sorprenderles el secreto.

Sé que cuando joven veía yo pasear-

se por el Campo Volantín, de Bilbao, dos señoritas escandinavas, altas y blancas, delgadas y blondas. Yo las miraba largamente, sin el menor deseo de hablarlas, pero con ganas de seguir las hasta el fin del mundo, como sigue una estrella el marinero. Como la sigue: sin alcanzarla nunca. Esta cochina vida: desear siempre. Esta vida adorable: desear siempre. He oído decir que los niños de Suecia aprenden a leer en un libro divino, que desearía se adaptase a nuestra tierra y a nuestro idioma,⁽¹⁾ y se titula: «Viaje maravilloso de Nils Holgersson a través de la Suecia», por Selma Lagerlof, que es un libro en donde el genio de los bosques, de los pájaros, de las piedras antiguas, y de las bestias salvajes y domésticas descubre sus misterios a los niños, que ya los sienten, mejor que los mayores, pero que no los saben.

(1) Existe una edición castellana de tal libro. Traductor: Carlos Antonio Talavera. EDITORIAL CERVANTES. Barcelona, 1921. N. del E.